

conducta y sus vicios, la aversión que les inspiraba no llegaba hasta hacerle despedir. El buen hombre pagaba su hospedaje y era útil para que cada uno pudiese expansionar con él su buen ó mal humor, haciéndole bromas más ó menos pesadas. La opinión que parecía más probable era la de la señora Vauquer. Según ésta, aquel hombre tan bien conservado, sano como una manzana y que aun podía proporcionar muchas satisfacciones á una mujer, era un libertino que tenía extraños gustos. He aquí en qué apoyaba sus calumnias la viuda Vauquer. Algunos meses después de la escapada de la desastrosa condesa que había sabido vivir seis meses á expensas suyas, una mañana, antes de levantarse, oyó en la escalera el roce de una falda de seda y el paso menudito de una mujer joven y ligera que entraba en la habitación de Goriot, cuya puerta había sido abierta de antemano. Inmediatamente la gruesa Silvia fué á decir á su ama que una muchacha demasiado bonita para ser honrada, vestida como una *divinidad* y admirablemente calzada, se había deslizado como una anguila en su cocina y le había preguntado por la habitación del señor Goriot. La señora Vauquer y su cocinera se pusieron al acecho y sorprendieron algunas palabras tiernamente pronunciadas durante la visita, que duró algún tiempo. Cuando el señor Goriot salió á acompañar á la dama, la gruesa Silvia tomó inmediatamente su cesto y fingió ir al mercado para seguir á la pareja amorosa.

—Señora—dijo á su ama al volver,—muy rico debe ser el señor Goriot para permitirse ese lujo. Figúrese usted que le estaba esperando un coche magnífico en la esquina de la calle.

Durante la comida, la señora Vauquer fué á echar una cortina para impedir que el sol molestase á Goriot, cuyos rayos le daban en la cara.

—Señor Goriot, el sol le busca, y ya se conoce que es usted amado por las bellas—dijo la patrona haciendo alusión á la visita que había recibido.—¡Diantrel tiene usted buen gusto, era muy guapa.

—Es mi hija—dijo Goriot con una especie de orgullo en el que los demás huéspedes quisieron ver la fatuidad del anciano que guarda las apariencias.

Un mes después de esta visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que había ido á verle la primera vez en traje de mañana, fué después de comer vestida como para ir de visita. Los huéspedes, ocupados en charlar en el salón, pudieron ver á una bonita rubia, esbelta y graciosa y demasiado distinguida para ser hija de un padre Goriot.

—¡Y van dos!—dijo la gruesa Silvia, que no la reconoció.

Algunos días después, otra joven bien formada, alta, morena, de cabellos negros y ojos vivos preguntó por el señor Goriot.

—¡Y van tres!—dijo Silvia.

Esta segunda muchacha, que había ido también á ver á su padre por la mañana, volvió algunos días después por la noche en traje de baile y en carruaje.

—¡Y van cuatro!—dijeron la señora Vauquer y la gruesa Silvia, que no vieron en aquella gran dama ningún vestigio de la joven vestida con sencillez la mañana en que había hecho su primera visita.

Goriot pagaba aún mil doscientos francos de hospe-



daje; la señora Vauquer encontró muy natural que un hombre rico tuviese cuatro ó cinco queridas y las hiciese pasar por hijas, y no se formalizó ni se enfadó porque las llevase á la casa Vauquer. Únicamente que como aquellas visitas le explicaban la indiferencia de su huésped respecto á ella, al principiar el segundo año se permitió llamarle penco viejo. Por fin, cuando su huésped descendió á los novecientos francos, le preguntó muy insolentemente al ver bajar de su cuarto á una de aquellas damas, que qué se figuraba que era su casa. El padre Goriot le respondió que aquella dama era su hija mayor.

—¿Tiene usted, acaso, treinta y seis hijas?—le dijo con acritud la señora Vauquer.

—No tengo más que dos—replicó el padre Goriot con la amabilidad del hombre arruinado que se resigna á todas las docilidades de la miseria.

Á últimos del tercer año, el padre Goriot redujo aún sus gastos, se trasladó al tercer piso pagando únicamente cuarenta y cinco francos al mes, se privó del tabaco y despidió al peluquero, dejando de empolvarse los cabellos. Cuando el padre Goriot se presentó la primera vez sin estar empolvado, su patrona dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver el color gris verdoso de su pelo. La fisonomía del anciano, que se había vuelto cada día más triste á causa de secretos pesares, parecía la más desolada de todas las que rodeaban la mesa. Entonces no hubo ya duda. El padre Goriot era un viejo verde, cuyos ojos sólo habían sabido preservarse de la maligna influencia de los remedios exigidos por sus enfermedades, gracias á la habilidad de un mé-

dico. El color desagradable de sus cabellos provenía de sus excesos y de los remedios que había tomado para continuarlos. El estado físico y moral del buen hombre daba razón á estos desatinos. Cuando su ajuar estuvo gastado, compró tela de algodón de setenta céntimos la vara para reemplazar su hermosa ropa blanca. Sus diamantes, su cadena, su tabaquera de oro y sus joyas fueron desapareciendo una á una, y había dejado su elegante levita azul y demás prendas para llevar, lo mismo en invierno que en verano, una levita de tosco paño color marrón, un chaleco de piel de cabra y un pantalón gris de lana. Progresivamente, se había ido poniendo delgado; sus pantorrillas habían desaparecido; su cara, radiante antes de contento, se arrugó desmesuradamente, su frente se llenó de pliegues, y sus mandíbulas empezaron á dibujarse. Durante el cuarto año de su establecimiento en la calle Nueva de Santa Genoveva, ya no parecía el mismo. El buen fabricante de fideos, de setenta y dos años, que sólo representaba cuarenta, el burgués alegre y fresco cuyo atildado porte regocijaba á los transeuntes, y que tenía algo de joven en la sonrisa, parecía un septuagenario alelado, vacilante y amarillento. Sus animados ojos azules se empañaron, palidecieron, no lagrimeaban ya, y su ribete rojo parecía llover sangre. Á unos causaba horror, á otros piedad. Unos estudiantes de medicina, habiendo notado lo muy saliente que era su labio inferior y habiendo medido su ángulo facial, le declararon atacado de cretinismo después de haberle maltratado algún tiempo sin haber logrado que les hiciese caso. Una noche, después de cenar, como la señora Vauquer le hubiese preguntado



de una manera burlona: «¡Cómo! ¿ya no vienen á verle sus hijas?» poniendo así en duda su paternidad, el padre Goriot se estremeció como si su patrona le hubiese aplicado un hierro candente y le respondió con voz conmovida:

—Sí, vienen á veces.

—¡Ahl ¡ahl ¿conque las ve usted aún á veces?—exclamaron los estudiantes.—¡Bravo! ¡bravo, padre Goriot!

Pero el anciano no oyó las bromas que motivó su respuesta, pues había caído en un estado meditabundo que los que le observaban superficialmente habían tomado por embotamiento senil.

Si lo hubiesen conocido bien, tal vez se hubiesen interesado vivamente ante el problema que ofrecía su situación física y moral; pero nada era más difícil. Aunque hubiese sido fácil saber si Goriot había sido realmente fabricante de fideos y cuál era la cifra de su fortuna, la gente vieja, cuya curiosidad se despertó respecto á este punto, no salía nunca del barrio y vivía en la posada como ostras aferradas á su roca. Respecto á las demás personas, el torbellino de la vida parisiense les hacía olvidar, al salir de la calle Nueva de Santa Geneveva, al pobre anciano de quien se burlaban. Para almas mezquinas y para jóvenes indiferentes, la seca miseria del padre Goriot y su estúpida actitud eran incompatibles con ninguna clase de fortuna ni de capacidad. Respecto á las mujeres que decía que eran sus hijas, todo el mundo participaba de la opinión de la señora Vauquer, la cual decía con la severa lógica propia de las viejas acostumbradas á murmurar todas las noches:

—Si el padre Goriot tuviese hijas tan ricas como pa-

recen serlo las mujeres que vienen á verle, no estaría en mi casa en el tercer piso pagando cuarenta y cinco francos al mes y no iría vestido como un pobre.

Nada podía desmentir estas deducciones; así es que al finalizar el mes de noviembre de 1819, momento en que estalló este drama, todos los huéspedes tenían formado concepto acerca del pobre anciano: nunca había tenido mujer ni hijas, y el abuso de los placeres le había llevado al estado en que se hallaba. Poiret, al lado de Goriot, era un águila, un elegante. Poiret hablaba, razonaba, respondía, y aunque al hablar, razonar y responder no dijese nada—pues tenía la costumbre de repetir en otros términos lo que los demás decían,—al menos contribuía á la conversación, era animado, y parecía sensible, mientras que el padre Goriot estaba siempre á cero de Reaumur.

Eugenio de Rastignac había vuelto en una disposición de ánimo que deben haber conocido los jóvenes superiores ó aquellos á los cuales una posición difícil comunica momentáneamente las cualidades de los hombres distinguidos. Durante el primer año de su permanencia en París, el poco trabajo que exigen los primeros exámenes en la facultad le había dejado tiempo para gustar las delicias del París material. Un estudiante no tiene nunca tiempo bastante si quiere conocer el repertorio de cada teatro, estudiar las salidas del laberinto parisiense, saber sus usos, aprender su lengua, acostumbrarse á los placeres propios de la capital, escudriñar los lugares buenos y malos é inventariar las riquezas de los museos. Un estudiante se apasiona entonces por insignificancias que le parecen grandiosas, tiene su gran



hombre, un profesor del colegio de Francia pagado para mantenerse á la altura de su auditorio, y en estas iniciaciones sucesivas, se despoja de su albura, agranda el horizonte de su vida y acaba por concebir la superposición de las capas humanas que componen la sociedad. Si ha empezado por admirar los coches en el paseo de los Campos Elíseos, no tarda en desearlos. Eugenio había sufrido ya este aprendizaje cuando se fué de vacaciones después de haberse hecho bachiller en letras y en derecho. Sus ilusiones de la infancia y sus ideas de provincia habían desaparecido. Su inteligencia modificada y su ambición exaltada le hicieron ver con precisión el ambiente del hogar paterno, el seno de la familia. Su padre, su madre, sus dos hermanos, sus dos hermanas y una tía cuya fortuna consistía en pensiones, vivían en la pequeña tierra de Rastignac. Esta propiedad, que producía aproximadamente una renta de tres mil francos, estaba sometida á la incertidumbre que rige al producto industrial de la vida, y, sin embargo, tenían que sacar de ella todos los años mil doscientos francos para él. El aspecto de aquella constante angustia que le ocultaban generosamente, la comparación que se vió obligado á hacer entre sus hermanas, que le parecían tan hermosas cuando era niño, y las mujeres de París, que realizaban el tipo de una belleza soñada; el porvenir inseguro de aquella numerosa familia que confiaba en él, y el enorme cuidado con que vió cerrar en las despensas los productos más baratos y las bebidas hechas con los residuos del mosto, y, finalmente, otra multitud de circunstancias que es inútil consignar aquí, excitaron su deseo de medrar y le dieron sed de distin-

ciones. Como todas las almas grandes, quiso deberlo todo á su propio mérito; pero su espíritu era eminentemente meridional, y en la ejecución, sus determinaciones tenían que ser víctimas de esas dudas que se apoderan de los jóvenes cuando se encuentran en plena mar sin saber á qué parte dirigir sus fuerzas, ni hacia qué punto encaminar sus pasos. Si en un principio quiso entregarse de lleno al trabajo, seducido luego por la necesidad de crearse relaciones, notó la mucha influencia que tienen las mujeres en la vida social, y decidió lanzarse de pronto al mundo á fin de conquistarse en él protectoras. ¿Habían de faltarle á un joven ardiente y despejado, cuyo talento y vigor estaban realzados por su tipo elegante y por esa especie de belleza nerviosa que tanto atrae á las mujeres? Estas ideas le asaltaron en medio de los campos, durante los paseos que daba alegremente con sus hermanas, las cuales lo encontraron muy cambiado. Su tía, la señora de Marcillac, había frecuentado la corte y había trabado relaciones con las eminencias aristocráticas. De pronto, el ambicioso joven reconoció, en los recuerdos con que su tía le había mecido, los elementos de varias conquistas sociales tan importantes, por lo menos, como las que llevaba á cabo en la Escuela de Derecho, y, llevado de sus ideas, la interrogó acerca de los lazos de parentesco que aun podían reanudarse. Después de haber escudriñado las ramas del árbol genealógico, la anciana dama estimó que, de todas las personas comprendidas entre el número de los parientes ricos y egoístas que podían servir á su sobrino, la señora vizcondesa de Beauseant sería la menos recalcitrante. En su consecuencia, escribió á

30898

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE MORELOS Y MORELOS



esta joven una carta y se la entregó á Eugenio, diciéndole que si la vizcondesa le acogía bien, ella misma le iría presentando á otros parientes. Algunos días después de su llegada, Rastignac envió la carta de su tía á la señora de Beauseant y ésta le respondió remitiéndole una invitación de baile para el día siguiente.

Tal era la situación general de la casa de huéspedes á fines del mes de noviembre de 1819. Algunos días más tarde, Eugenio, después de haber asistido al baile de la señora de Beauseant, se retiró á las dos de la madrugada, y á fin de ganar el tiempo perdido, el valeroso estudiante, al mismo tiempo que bailaba, se prometía trabajar hasta el amanecer. Por primera vez iba á pasar, pues, la noche en vela, en medio de aquel silencioso barrio, pues se hallaba bajo los encantos de una falsa energía nacida al calor de los esplendores del mundo. No había cenado en casa de la señora Vauquer; y como cada vez que iba á las fiestas del Prado ó del Odeón acostumbraba á regresar al amanecer, los compañeros de posada creyeron que saldría del baile á la misma hora. Antes de echar los cerrojos á la puerta, Cristóbal la había abierto para mirar á la calle, y en este momento se presentó Rastignac, pudiendo así subir á su cuarto sin hacer ruido, seguido de Cristóbal, que lo hacía infernal. Eugenio se desvistió, se puso en zapatillas y una vez que se hubo cambiado de ropa, encendió la lámpara y se dispuso afanosamente á trabajar. El ruido que hacía Cristóbal contribuyó á que los movimientos del estudiante pasasen desapercibidos. Eugenio permaneció pensativo algunos momentos antes de sumirse en sus libros de derecho: acababa de reco-

nocer en la vizcondesa de Beauseant á una de las reinas de la moda de París, cuya casa pasaba por ser una de las más agradables del arrabal Saint-Germain. Por otra parte, por su nombre y por su fortuna, aquella dama era una de las eminencias del mundo aristocrático, de suerte que el pobre estudiante, gracias á su tía Marcellac, había sido recibido en aquella casa sin conocer la extensión de tal favor. Ser recibido en aquellos salones dorados equivalía á un privilegio de nobleza, y al frecuentar aquella sociedad, que es la más exclusiva de todas, Rastignac había conquistado el derecho de concurrir á todas partes. Deslumbrado por aquella brillante asamblea y después de haber cambiado apenas algunas palabras con la vizcondesa, Eugenio se había contentado con obsequiar á una de esas mujeres que primero debe adorar un joven. La condesa Anastasia de Restaud, alta y bien formada, tenía fama de tener uno de los mejores cuerpos de París. Figuraos unos ojos grandes y negros, una mano magnífica, un pie bien formado y mucha viveza en los movimientos: tal era la mujer apellidada por el marqués de Ronquerolles: *Yegua de pura sangre*. Esta finura de nervios no le quitaba ningún mérito: la condesa tenía las formas llenas y redondas, sin que pudiese por eso ser acusada de gordura. *Caballo de pura sangre, mujer de raza*, tales eran las locuciones con que se empezaban á reemplazar aquellas otras de ángeles del cielo, figuras oceánicas y toda la antigua mitología amorosa, rechazada por los elegantes. Para Rastignac, la condesa Anastasia de Restaud fué la mujer deseada. Había logrado inscribirse para dos bailes en la lista de los caballeros anotada en el



abanico y había podido hablarle durante la primera contradanza.

—Señora ¿dónde la encontraré á usted en lo sucesivo?—le había dicho bruscamente con ese fuego pasional que tanto agrada á las mujeres.

—En el Bosque, en los Bufones, en mi casa, en todas partes—le había contestado ella.

Y el aventurero meridional se había apresurado á trabar amistad con aquella deliciosa condesa dentro de la amistad que cabe adquirir con una mujer durante una contradanza y un vals. Al decir que era primo de la señora de Beauseant, fué invitado á ir á su casa por aquella mujer, á quien tomó él por una gran dama. Por la última sonrisa que le dirigió la condesa, Rastignac creyó necesaria su visita. El estudiante había tenido la dicha de encontrar un hombre que no se había burlado de su ignorancia, defecto mortal de que adolecían los impertinentes de la época, como los Malincourt, los Ronquerolles, los Máximo de Trailles, los de Marsay, los Adjuda-Pinto, los Vandenesse, los cuales gozaban allí de la gloria de sus fatuidades en medio de las mujeres más elegantes, como lady Brandón, la duquesa de Langeais, la condesa de Kergarouet, la señora de Serizy, la duquesa de Carigliano, la condesa Ferraud, la señora de Lanty, la marquesa de Aiglemont, la señora Firmiani, las marquesas de Listomere y de Espard, la duquesa de Maufrigneuse y las Grandieu. Afortunadamente, pues, el sencillo estudiante cayó en manos del marqués de Montriveau, el amante de la duquesa de Langeais, un general sencillo como un niño, el cual le comunicó que la condesa de Restaud

vivía en la calle del Helder. ¡Ser joven, tener sed de mundo y hambre de mujeres, y ver que se le abren á uno dos casas! ¡poner los pies en el arrabal Saint-Germain, en casa de la vizcondesa de Beauseant y la rodilla en la calzada de Antín, en casa de la condesa de Restaud! ¡Sumir una mirada en los salones de París y creerse bastante guapo para encontrar en ellos ayuda y protección en un corazón de mujer! ¡Sentirse bastante ambicioso para despreciar la rígida maroma sobre la que hay que marchar con la seguridad de un saltimbanqui y haber encontrado como balancín una mujer encantadora! Con estos pensamientos y ante aquella mujer que se erguía sublime al lado de su lámpara de aceite, entre el código y la miseria, ¿quién no habría sonado, como Eugenio, el porvenir mediante una meditación y quien no lo hubiera visto de color de rosa? Su distraído pensamiento saboreaba con tal delicia los goces futuros, que se creía ya al lado de la señora de Restaud, cuando un suspiro semejante á un ¡oh! de san José turbó el silencio de la noche y resonó en el corazón del joven de tal modo, que éste lo tomó por el estertor de un moribundo. Entonces Eugenio abrió con cuidado la puerta, y, cuando estuvo en el corredor, vió una línea de luz trazada en la parte baja de la puerta de la habitación del padre Goriot. Eugenio temió que su vecino estuviese indispuerto, y mirando por el agujero de la cerradura, vió al anciano ocupado en labores que le parecieron demasiado criminales para que no creyese prestar un servicio á la humanidad examinando lo que maquinaba nocturnamente el fabricante de fideos. El padre Goriot, que sin duda había atado á la pata de



una mesa tumbada un plato y una especie de sopera de plata, arrollaba una especie de cable en torno de estos objetos, ricamente esculpidos, apretándolos con tanta fuerza, que indudablemente los retorció para convertirlos en lingotes.

—¡Diablo! ¡qué hombre!—se dijo Rastignac al ver los nervudos brazos del anciano, que con ayuda de aquella cuerda amasaba sin ruido, cual si fuese una pasta, la plata dorada.—¿Será acaso un ladrón ó un encubridor que, para entregarse con más seguridad á su comercio finja estupidez é impotencia y viva mendigando?—se dijo Eugenio irguiéndose un momento.

El estudiante aplicó de nuevo el ojo al agujero de la cerradura, y vió que el padre Goriot tomaba la masa de plata y la enrollaba para convertirla en barras, operación que llevó á cabo con una rapidez asombrosa.

—¿Tendrá acaso tanta fuerza como el rey Augusto de Polonia?—se dijo Eugenio cuando vió esta operación.

El padre Goriot miró su obra con aire triste, algunas lágrimas brotaron de sus ojos, apagó la lámpara á cuyo resplandor había retorcido aquella plata y Eugenio le vió acostarse lanzando un suspiro.

—¡Está loco!—pensó el estudiante.

—¡Pobre hija mía!—exclamó en voz alta el padre Goriot.

Al oír estas palabras, Rastignac juzgó prudente guardar silencio acerca de aquel acontecimiento y no condenar desconsideradamente á su vecino. Iba ya el joven á volverse á su cuarto, cuando oyó de pronto un

ruido bastante difícil de expresar y que debió ser producido por hombres que subían la escalera calzados con escarpines. Eugenio prestó atención y reconoció en efecto el sonido alternativo de la respiración de dos hombres. Sin haber oído el chirrido de la puerta ni los pasos de los dos hombres, Eugenio vió de pronto un débil resplandor en el segundo piso, en la habitación del señor Vautrín.

—¡Vaya unos misterios que encierra una casa de huéspedes!—se dijo al mismo tiempo que bajaba los escalones. Después se puso á escuchar y percibió el sonido de oro.

La luz no tardó en ser apagada, las dos respiraciones volvieron á oírse en seguida sin que la puerta hubiese chillado, y luego, á medida que los dos hombres bajaban, el ruido fué debilitándose.

—¿Quién está ahí? gritó la señora Vauquer abriendo la ventana de su cuarto.

—Soy yo, que vengo ya de retirada, señora Vauquer—dijo Vautrín con su gruesa voz.

—¡Es raro! Cristóbal había echado ya los cerrojos—se dijo Eugenio volviéndose á su cuarto.

En París, para saber lo que pasa en torno de uno, es necesario velar.

Desviado de su meditación ambiciosamente amorosa por estos pequeños acontecimientos, Eugenio se puso á trabajar. Distráido por las sospechas que le inspiraba el padre Goriot y más distraído aún por la figura de la señora de Restaud, que se le aparecía de cuando en cuando como la mensajera de un brillante destino, el estudiante acabó por acostarse y por



dormir á pierna suelta. De diez noches prometidas al trabajo por los jóvenes, siete pertenecen al sueño. Para velar es preciso tener más de veinte años.

Al día siguiente por la mañana reinaba en París una de esas espesas nieblas que ocultan de tal modo la claridad, que las gentes más exactas se engañan respecto á la hora. Casi todo el mundo falta á las citas que se han dado, pues cuando uno cree que son las ocho, oye dar las doce. Eran las nueve y media, y la señora Vauquer, no se había movido aún de la cama; Cristóbal y la gruesa Silvia, retrasada también, tomaban tranquilamente su café, preparado con la nata de la leche destinada á los huéspedes, leche que Silvia hacía hervir mucho tiempo á fin de que la señora Vauquer no se apercibiese de su gatada.

—Silvia—dijo Cristóbal mojando la primera tostada,— el señor Vautrín, que es de todos modos un buen hombre, ha vuelto á ver esta noche á otras dos personas. Para que la señora no se inquiete, es preciso que usted no le diga nada.

—¿Le ha dado á usted algo?

—Me ha dado los cinco francos de cada mes, que es como decirme que me calle.

—Salvo él y la señora Couture, que no son mirados, los demás quisieran quitarnos con la mano izquierda el aguinaldo que nos dan con la mano derecha el día de Navidad—dijo Silvia.

—¡Y vaya un aguinaldo que dan!—dijo Cristóbal— una sola moneda, y de cinco francos. El padre Goriot hace ya dos años que se limpia las botas él mismo. Ese avaro Poiret se pasa sin betún, y creo que preferiría

beberlo antes que gastarlo en las botas. Respecto al estudiantillo, me da dos francos, con lo cual no tengo ni para cepillos, y además de esto, se vende la ropa vieja. ¡Qué barraca de gitanos!

—¡Bah!—dijo Silvia bebiendo el café á sorbitos— nuestras colocaciones aun son las mejores del barrio, aquí se está bien. Pero, á propósito del papá Vautrín, Cristóbal, ¿no le ha dicho á usted algo alguna vez?

—Sí, hace unos días encontré á un señor en la calle que me dijo: «¿No vive en su casa un señor grueso que se tiñe las patillas?» Y yo le contesté: «No, señor, no se le tiñe, porque un hombre alegre como él no tiene tiempo para hacerlo.» Yo se lo conté al señor Vautrín, y él me dijo: «Has hecho bien, hijo mío, y debes responder siempre lo mismo. Nada es más desagradable que dejar que conozcan nuestras debilidades, lo cual puede deshacer alguna buena boda.»

—Pues bien, á mí también quisieron embaucarme en el mercado para que dijese si le veía ponerse la camisa... ¡Diablo!—dijo interrumpiéndose—ya dan las diez menos cuarto en Val-de-Grâce y nadie se mueve.

—¡Oh! es que han salido. La señora Couture y la joven se fueron á las ocho á San Esteban á comerse el buen Dios; el padre Goriot salió con un paquete. El estudiante no vendrá hasta después de la clase, á eso de las diez. Yo los vi salir á todos mientras barría la escalera. Por cierto que el padre Goriot me dió un golpe con lo que llevaba, que era duro como el hierro. ¿Qué mil diablos hará ese buen hombre? Los demás lo manejan como á una pelota; pero de todos modos es un buen hombre que vale más que todos ellos. No da gran cosa; pero las señoras



á cuya casa me envía me largan á veces magníficas propinas, y que gastan lujo de veras.

—¿Las que él llama sus hijas? Deben ser lo menos una docena.

—Yo no he ido más que á casa de dos, que son las mismas que vinieron aquí.

—Ya se mueve la señora: tendré que ir á ayudarle á vestirse. Cristóbal, tenga usted cuidado que el gato no se beba la leche.

Silvia subió á la habitación de su ama.

—¿Cómo, Silvia! son las diez menos cuarto, me ha dejado usted dormir como una marmota. Nunca me ha ocurrido cosa igual.

—Es la niebla, señora, que se puede cortar con un cuchillo.

—¿Y el almuerzo?

—¡Bah! los huéspedes tenían el diablo en el cuerpo y se han ido muy temprano.

—Habla bien, Silvia—repuso la señora Vauquer.

—¡Ah! señora, hablaré como usted quiera. Ahora puede usted almorzar si quiere. La Michonette y Poiret no se han movido aún; son los únicos que están en casa y duermen como roquetes que son.

—Pero, Silvia, hablas de ellos á la vez como si...

—¿Cómo si qué?—repuso Silvia soltando una carcajada. ¿No ve usted que hacen pareja?

—Silvia, es raro ¿cómo habrá entrado el señor Vautrín después de haber echado Cristóbal los cerrojos?

—Se equivoca usted, señora; es que Cristóbal le oyó y bajó á abrirle.

—Bueno, dame mi chaqueta y vete á preparar el al-

muerzo. Arregla el resto del carnero con patatas y pon á cocer peras de las baratas.

Algunos instantes después, la señora Vauquer bajó en el momento en que su gato tiraba de un zarpazo el plato que cubría una taza con leche y se disponía á beberla.

—¡Mistigris!—exclamó la patrona.

El gato se escapó y luego volvió á acariciar á su ama.

—Sí, sí, ven con monerías, granuja. ¡Silvia! ¡Silvia!

—¿Qué hay, señora?

—Mire usted lo que se ha bebido el gato.

—Tiene la culpa ese bruto de Cristóbal, que le dije que tuviese cuidado. ¡Oh! no se apure usted, señora, es el café del padre Goriot. Como el pobre hombre no hace caso de nada, ni aun de lo que come, le pondré agua y no lo notará.

—¿Adónde ha ido ese chino?—dijo la señora Vauquer.

—¿Quién lo sabe, si se trae unos tráficos del demonio?

—He dormido demasiado—dijo la señora Vauquer.

—Pero está usted fresca como una rosa.

En este momento sonó la campanilla y Vautrín entró en el comedor cantando, con su gruesa voz, una canción picaresca.

—¡Oh! ¡oh! buenos días, señora Vauquer—dijo aperciéndose de la presencia de la posadera y tomándola en sus brazos.

—Vamos, hombre.

—Diga usted impertinente—repuso él;—vamos, dígallo. Mire usted, voy á poner mi cubierto al lado del



suyo. ¿Verdad que soy muy amable?... Acabo de ver una cosa muy rara.

—¿Qué?—dijo la viuda.

—El padre Goriot estaba á las ocho y media en la calle de la Delfina en casa del platero que compra galones y cubiertos viejos. Le vendió por una buena suma un objeto de plata sobredorada todo enrollado.

—¿De veras?

—Sí. Yo volvía de acompañar á un amigo mío y esperé al padre Goriot para ver lo que hacía. Es para morir de risa. El padre Goriot subió á este barrio, á la calle de Grès, y entró en la casa de un usurero conocido llamado Gobseck, un pillastre capaz de hacer dominós con los huesos de su padre, un judío, un árabe, un griego, un bohemio, un hombre á quien sería difícil robar porque coloca su dinero en el Banco.

—Pero ¿y qué hace ese padre Goriot?

—No hace nada—repuso Vautrín,—deshace. Es un imbécil bastante tonto para arruinarse por las mujeres.

—Ahí está—dijo Silvia.

—Cristóbal—gritó el padre Goriot,—sube conmigo. Cristóbal siguió al padre Goriot y bajó al poco rato.

—¿Adónde vas?—preguntó la señora Vauquer á su criado.

—Á hacer un encargo para el señor Goriot.

—¿Qué es eso?—dijo Vautrín arrancando de las manos de Cristóbal una carta en la cual leyó: «Á la señora condesa Anastasia de Restaud.» Y ¿adónde vas?—repuso devolviéndole la carta á Cristóbal.

—Á la calle de Helder, y llevo orden de no entregar esta carta más que á la señora condesa.

—¿Qué lleva dentro?—dijo Vautrín poniendo la carta al trasluz.—Un billete de banco ¿no?

Después, entreabriendo el sobre, exclamó:

—¡Diablo! ¡Una letra pagada! Es galanté el viejo. Anda, anda, corre, que tendrás buena propina.

La mesa estaba puesta y Silvia hervía la leche. La señora Vauquer encendía la estufa con ayuda de Vautrín, que tataba una canción. Cuando todo estuvo dispuesto, se presentaron la señora Couture y la señorita Taillefer.

—¿De dónde viene usted tan de mañana, hermosa mía?—dijo la señora Vauquer á la señora Couture.

—Venimos de San Esteban de hacer nuestras devociones, porque tenemos que ir hoy á casa del señor Taillefer. ¡Pobrecilla! tiembla como una hoja—repuso la señora Couture sentándose ante la estufa y aproximando á la boca de la misma los pies, que empezaron á humear.

—¿Por qué no se calienta usted, Victorina?—dijo la señora Vauquer.

—Señorita, no está mal que usted ruegue á Dios para que ablande á su padre—dijo Vautrín presentando una silla á la huérfana;—pero eso no basta. Necesitaría usted un amigo que se encargase de decirle cuatro verdades á ese salvaje que, según dicen, tiene tres millones y que sin embargo se niega á darle dote. En los tiempos que corremos una muchacha guapa necesita dote.

—¡Pobre chica!—dijo la señora Vauquer.

—Pero deje usted, que el monstruo de su padre se está atrayendo la desgracia.

Al oír estas palabras, los ojos de Victorina se hume-



decieron y la viuda se detuvo ante una seña que le hizo la señora Couture.

—Si pudiésemos verle únicamente, si yo pudiese hablarle y entregarle la última carta de su mujer—repuso la viuda del comisario ordenador.—Nunca he querido arriesgarme á mandarla por el correo, porque conoce mi letra...

—¡Oh, mujeres inocentes, desgraciadas y perseguidas!—exclamó Vautrín interrumpiéndole;—ya ven ustedes cómo se hallan. Dentro de algunos días me ocuparé de sus asuntos y todo irá bien.

—¡Oh! señor—dijo Victorina á Vautrín dirigiéndole una ardiente mirada,—si conoce usted algún medio de hablar á mi padre, dígame que su cariño y el honor de mi madre me interesan más que todas las riquezas del mundo. Si lograrse calmar su rigor, yo rogaría por usted toda mi vida y se lo agradecería eternamente.

Vautrín empezó á tararear una canción con voz irónica, y en aquel momento mismo bajaron Goriot, Poiret y la señorita Michonneau, atraídos sin duda por el olor del guisote que hacía Silvia con los restos del carnero.

En el momento en que los siete huéspedes se sentaban á la mesa, después de saludarse, daban las diez, y se oían en la calle los pasos del estudiante.

—¡Ah! muy bien, señorito Eugenio—dijo Silvia,—hoy almorzará usted con todo el mundo.

El estudiante saludó á los huéspedes y se sentó al lado del padre Goriot.

—Acaba de ocurrirme una aventura singular—dijo Eugenio sirviéndose carnero en abundancia y cortándose

un pedazo de pan que era medido siempre con la vista por la señora Vauquer.

—¿Una aventura?—exclamó Poiret.

—¿De qué se asombra usted, mamarracho?—repuso Vautrín á Poiret.—El señor es bastante guapo para tener aventuras.

La señorita Taillefer dirigió una tímida mirada al estudiante.

—Bueno, cuéntenos usted la aventura—dijo la señora Vauquer.

—Ayer estaba en el baile en casa de la vizcondesa de Beauseant, que es prima mía, que posee una casa magnífica con habitaciones tendidas de seda, y que nos dió una fiesta magnífica donde me divertí como un rey...

—*Eillo*—dijo Vautrín interrumpiéndole.

—Caballero—repuso vivamente Eugenio,—¿qué quiere usted decir?...

—Digo *ecillo* porque los reyecillos se divierten más que los reyes.

—Es verdad, preferiría ser pajarito sin cuidados que rey, porque...—dijo Poiret.

—En fin—repuso el estudiante cortándole la frase,—bailo con una de las mujeres más hermosas del baile, una condesa encantadora, la criatura más deliciosa que he visto en mi vida. Iba peinada con flores de martín-pescador, llevaba un hermoso ramillete de flores naturales que perfumaban el aire; pero ¡bahl! sería preciso que ustedes la hubiesen visto, porque es imposible describir á una dama animada por la danza. Pues bien, esta mañana, á las nueve, encontré á aquella divina con-



desa á pie por la calle de los Grès. ¡Oh! el corazón me latió. Yo me figuraba...

—¿Que venía aquí?—dijo Vautrín dirigiendo una profunda mirada al estudiante.—Sin duda iba á casa del papá Gobseck, el usurero. Si escudriñáis el corazón de las mujeres en París, siempre encontraréis en él al usurero antes que al amante. La condesa que usted dice se llama Anastasia de Restaud, y vive en la calle de Helder.

Al oír este nombre, el estudiante miró fijamente á Vautrín. El padre Goriot levantó bruscamente la cabeza y fijó en los dos interlocutores una mirada luminosa y llena de inquietud que sorprendió á los huéspedes.

—¡Cristóbal llegará demasiado tarde! ¡Ella había ido ya!—exclamó dolorosamente el padre Goriot.

—He adivinado—dijo Vautrín hablándole al oído á la señora Vauquer.

El padre Goriot comía maquinalmente sin saber lo que comía. Jamás había parecido tan estúpido ni tan distraído como en aquel momento.

—¿Quién diablo ha podido decirle su nombre, señor Vautrín?—le preguntó Eugenio.

—¡Ah! ¡ahl amigo mío—respondió Vautrín.—¿Por qué no he de saberlo yo, sabiéndolo el padre Goriot?

—¡Señor Goriot!—exclamó el estudiante.

—¿Que?—dijo el pobre anciano—¿estaba muy guapa ayer?

—¿Quién?

—La señora de Restaud.

—Mire como se le encandilan los ojos al viejo verde—dijo la señora Vauquer á Vautrín.

—¿La mantendrá acaso él?—preguntó en voz baja la señorita Michonneau al estudiante.

—¡Oh! sí, estaba encantadora—repuso Eugenio, á quien el padre Goriot miraba ávidamente.—Si la señora de Beauseant no hubiese estado allí, mi divina condesa hubiese sido la reina del baile. Los jóvenes no tenían ojos más que para ella, que bailaba todas las contradanzas; yo estaba inscrito en su lista con el número 12. Las demás mujeres rabiaban. Si alguna criatura hubo ayer feliz, fué ella. ¡Con cuánta razón se dice que no hay nada más hermoso que fragata á la vela, caballo al galope y mujer bailando!

—Ayer, en lo más alto de la sociedad, en casa de una duquesa—dijo Vautrín;—esta mañana sumida en lo más bajo, en casa de un prestamista. He aquí á las parisien-ses. Si sus maridos no pueden sostener su desenfrenado lujo, se venden, y si no saben venderse, destriparían á sus madres para arrancarles del vientre algo con que brillar. Conozco, conozco todo eso.

La cara del padre Goriot, que se había iluminado como el sol de un hermoso día al oír al estudiante, se tornó sombría ante la cruel observación de Vautrín.

—Bueno—repuso la señora Vauquer,—y ¿cuál fué su aventura? ¿le habló usted? ¿le preguntó si quería aprender Derecho?

—No, ella no me vió—dijo Eugenio.—Pero, ¿no es singular encontrar á las nueve de la mañana, en la calle de los Grès á una de las mujeres más guapas de París que salió del baile á las dos de la madrugada? Sólo aquí se ven estas cosas.

—¡Oh! las hay mucho más raras—exclamó Vautrín.



La señorita Taillefer estaba tan preocupada con la tentativa que iba á hacer, que apenas había escuchado. La señora Couture le hizo seña de que subiese á vestirse, y cuando las dos damas salieron, el padre Goriot las imitó.

—Vaya ¿lo han visto ustedes?—dijo la señora Vauquer á Vautrín y á los demás huéspedes.—¿Se convencen de que se ha arruinado por esas mujeres?

—Jamás me hará creer nadie que la hermosa condesa de Restaud pertenece al padre Goriot—exclamó el estudiante.

—No tenemos ningún interés en convencerle—le dijo Vautrín interrumpiéndole.—Pero usted es demasiado joven para conocer bien París; más tarde verá usted que hay aquí lo que llamamos *hombres de pasiones*.

Al oír estas palabras, la señorita Michonneau miró á Vautrín con aire de inteligencia. Parecía un caballo de regimiento que oye el sonido de la trompeta.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Vautrín interrumpiéndose para dirigirle una profunda mirada;—¿también nosotros hemos tenido nuestras pasiones?

La solterona bajó los ojos como una religiosa que ve estatuas desnudas.

—Pues bien, esos hombres se aferran á una idea, á una pasión, y para salir con la suya serían capaces de vender sus mujeres, sus hijos, ó de entregar su alma al diablo. Para unos la idea es el juego, la Bolsa, una colección de cuadros ó de insectos, la música; para otros es una mujer que sabe prepararles golosinas. Á éstos les ofreceréis en balde todas las mujeres de la tierra, porque sólo quieren la que satisface sus pasiones. Frecuen-

temente esta mujer no les quiere y les vende muy caro su cuerpo. Sin embargo, esos extravagantes no se cansan, y llevarían su última manta al Monte de piedad para entregarles su última peseta. El padre Goriot es uno de esos hombres. La condesa le explota porque es discreto, y ahí tiene usted el gran mundo. El pobre hombre no piensa más que en ella. Aparte de su pasión, ya lo ve usted, es una bestia estúpida. En cambio, háblele usted de esto, y verá que su cara se ilumina como un diamante. El secreto no es difícil de adivinar. Esta mañana llevé plata á la fundición, y yo le vi entrar en casa de papá Gobseck, en la calle de los Grès. Al volver, envié á casa de la condesa de Restaud á ese estúpido de Cristóbal que nos enseñó la dirección de la carta, dentro la cual había una letra. Es claro que si la condesa iba también á casa del usurero, es porque la tal letra corría prisa. No se necesita mucho talento para entender esto. Conque, joven estudiante, no me negará usted que esto prueba que, mientras la condesa bailaba, reía y hacía monerías luciendo su hermoso traje, su corazón estaba oprimido por el recuerdo de sus letras de cambio protestadas, ó las de su amante.

—Me da usted unas ganas atroces de saber la verdad—exclamó Eugenio.—Mañana iré á casa de la señora de Restaud.

—Sí—dijo Poiret,—hay que ir mañana á casa de la condesa de Restaud.

—Y acaso encuentre usted allí al buen Goriot, que saldrá de cobrar el importe de sus galanterías.

—¡Pero este París es un lodazal!—dijo Eugenio con cierto disgusto.



—¡Y qué lodazal!—repuso sentenciosamente Vautrín.  
—Los que se enlodan en coche, son gentes honradas; los que se enlodan á pie, son unos bribones. Tenga usted la desgracia de quitar cualquier cosa, y será usted mostrado en el palacio de Justicia como una curiosidad; por el contrario, robe usted un millón, y será respetado en los salones como un hombre lleno de virtudes. ¿Qué le parece? ¡pague usted treinta millones á la gendarmería y á la justicia para mantener esta moral!

—¡Cómo!—exclamó la señora Vauquer—¿habrá fundido su servicio de plata el padre Goriot?

—¿Tenía dos tortolitos en la tapadera?—preguntó Eugenio.

—Sí.

—Pues se conoce que apreciaba mucho esos objetos, porque lloró antes de fundirlos; yo lo vi por casualidad—dijo Eugenio.

—Los apreciaba como su propia vida—respondió la viuda.

—Vea usted si es apasionado el buen hombre—exclamó Vautrín.—Se conoce que esa mujer sabe halagarle.

El estudiante subió á su habitación; Vautrín salió. Algunos instantes después, la señora Couture y Victorina subieron á un fiacre que Silvia había ido á buscar. Poiret ofreció el brazo á la señorita Michonneau, y ambos fueron á aprovechar las dos horas de sol, paseando por el Jardín de Plantas.

—Vaya, ahí los tiene usted casi casados—dijo la gruesa Silvia.—Hoy salen juntos por primera vez. Están los dos tan secos, que si se rozan mucho van á sacar chispas como un eslabón.

—Y cuidado con el chal de la señorita Michonneau, que ardería como la yesca—dijo riéndose la señora Vauquer.

Á las cuatro de la tarde, cuando regresó Goriot, vió, á la mortecina luz de dos humeantes lámparas, á Victorina, cuyos ojos estaban enrojecidos por el llanto. La señora Vauquer escuchaba con profunda atención el relato que le hacía la señora Couture de la infructuosa visita que ella y Victorina habían hecho aquella mañana al señor Taillefer, quien fastidiado por la insistencia con que su hija y aquella vieja querían ser recibidas, consintió en ello, con el fin de tener con ambas una explicación.

—Señora mía—decía la Couture á su patrona,—figúrese usted que ni siquiera le ha hecho sentarse á Victorina. A mí, sin encolerizarse, me dijo con mucha frialdad que podía ahorrarme el trabajo de ir á su casa; que la señorita, sin llamarla hija, se perjudicaba yendo á importunarle (por una sola vez que va en un año, ¡monstruo!); que como la madre de Victorina se había casado pobre, nada tenía que reclamar. En fin, las cosas más duras, que han hecho derramar abundantes lágrimas á esta pobre niña, la cual se arrojó á los pies de su padre y le dijo con valor que sólo insistía tanto por su madre, que obedecería su voluntad sin murmurar; pero que le suplicaba que leyese el testamento de la pobre difunta. Después tomó la carta y se la presentó diciéndole las cosas más hermosas del mundo y las más sentidas. Yo no sé de dónde las ha sacado, parecía que se las dictaba Dios, porque la pobre niña estaba tan inspirada, que yo lloraba como una tonta oyéndola,



¿Sabe usted lo que hacía en tanto aquel monstruo de hombre? Se cortaba las uñas, y después, tomando aquella carta que la pobre señora Taillefer había empapado con sus lágrimas, la arrojó al fuego diciendo: «Está bien.» Ha querido levantar á su hija, que le tomó las manos para besárselas; pero él las ha retirado. ¿Ha visto usted infamia mayor? El memo de su hijo entró sin saludar siquiera á su hermana.

—¡Pero esas gentes son unos monstruos!—dijo el padre Goriot.

—Después—añadió la señora Couture sin hacer caso de la exclamación del buen hombre—el padre y el hijo se fueron, saludándose y rogándose que les dispensase, porque tenían negocios urgentes. He aquí la visita. Menos mal que ha visto á su hija. Yo no sé cómo puede renegar de ella, pareciéndosele como se le parece.

Los huéspedes internos y externos fueron llegando unos tras otros, saludándose mutuamente y diciéndose esas insignificancias que constituyen en ciertas clases parisienses un espíritu picaresco en el que la estupidez entra como elemento principal y cuyo mérito consiste particularmente en el gesto ó en la pronunciación. Esta clase de jerga varía continuamente, y la broma, que es su base, no tiene más que un mes de existencia. Un acontecimiento político, un proceso célebre, una canción de las calles, los chistes de un autor, todo sirve para mantener el espíritu en constante agitación. La reciente invención del *diorama*, que llevaba la ilusión de la óptica á su más alto grado en los panoramas, originó en ciertos talleres de pintura la broma de hablar en

*rama*, que fué introducida en la posada Vauquer por un joven pintor que la frecuentaba.

—¡Hola, señor Poiret!—dijo uno de los concurrentes—¿cómo va ese *valorama*? Señoras ¿están ustedes apenadas?—añadió después sin esperar respuesta dirigiéndose á la señora Couture y á Victorina.

—¿Vamos á comer?—exclamó Horacio Bianchón, estudiante de medicina muy amigo de Rastignac.—Tengo ya la comida en los talones.

—Hace un *friorama* enorme—dijo Vautrín.—¡Diablo, papá Goriot, deje usted sitio, que toma usted toda la estufa con los pies!

—Aquí está su excelencia el marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido—exclamó Bianchón cogiéndole por el cuello y apretádoselo cuanto pudo.

La señorita Michonneau entró muy pausadamente, saludó á los comensales sin decir nada y fué á colocarse al lado de las tres mujeres.

—Esa vieja que parece un murciélago me hace temblar—dijo en voz baja Bianchón á Vautrín señalando á la señorita Michonneau.—Yo que estudio el sistema de Gall, le he encontrado las protuberancias de Judas.

—¿La ha conocido el señor?—dijo Vautrín.

—¿Quién no la ha encontrado?—respondió Bianchón.—Palabra de honor que esa vieja blanca me hace el efecto de esos gusanos grandes que acaban por roer una viga.

—Vea usted lo que es la vida, joven—dijo el cuadragenario atusándose las patillas.

Y rosa, ha vivido lo que viven las rosas,

Tan sólo una mañana.